

El Juicio final y señales que lo han de preceder

En el Evangelio del domingo último después de Pentecostés tenemos un fragmento del sermón sobre el fin del mundo que Nuestro Señor Jesucristo dirigió a sus Apóstoles en el Monte de los Olivos. En este sermón, el Salvador: • predice primeramente la ruina de Jerusalén, y el fin del mundo en ella significada, enseñándonos por qué signos reconoceremos que se acerca el fin de los tiempos; • y luego nos enseña que, acabada la historia, todos los hombres serán juzgados.

1º Señales precursoras del fin de los tiempos.

Jesucristo es el Señor de la historia: El la abrió con la creación del hombre, y El mismo la cerrará cuando se haya completado el número de los elegidos, esto es, de los miembros de su cuerpo místico que es la Iglesia. Y para mostrarnos este su señorío, nos indica con qué señales reconoceremos que se acerca tan magno acontecimiento, señales que ya han empezado a realizarse entre nosotros, poniéndolas al número de cinco:

1º La predicación del Evangelio en todos los pueblos: *«Se predicará este Evangelio del Reino en todas las naciones, y entonces vendrá el fin».*

El Evangelio ha sido ya predicado en todas las naciones: los siglos XIX y XX fueron dos siglos en los que las misiones conocieron un auge increíble, y muchos de los pueblos a los que hasta entonces la luz de la fe no había llegado, o lo había hecho muy superficialmente, se convirtieron al catolicismo (de ello es ejemplo significativo toda el Africa, de cuya evangelización fue testigo y actor privilegiado Monseñor Marcel Lefebvre).

2º Los falsos profetas: *«Mirad que nadie os engañe. Porque muchos han de venir en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo, y seducirán a mucha gente... Porque aparecerán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes maravillas y prodigios, para engañar incluso (si fuera posible) a los escogidos».*

¿Quién podrá negar la aparición en masa de estos falsos profetas, que aseguran ser el Cristo, los nuevos mesías, los salvadores de la humanidad: • sectas falsas; • falsas apariciones; • una técnica y progreso material que parece obrar verdaderas maravillas y prodigios; • una religión oficial instalada en la Iglesia, pero que no es la Iglesia Católica, sino sólo una fachada de religiosidad que se sirve de

todos los tesoros e instituciones de la Iglesia para difundir un sincretismo religioso a nivel mundial?

3º La apostasía general de las naciones: *«Aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán a mucha gente; y por la inundación de los vicios se enfriará la caridad de muchos».* Y San Pablo nos dice: *«Porque no se celebrará el juicio sin que antes haya acontecido la apostasía, y aparecido el Anticristo»* (II Tes. 2 3).

La apostasía general de las naciones se hace cada día más patente a nuestros ojos: ya no hay ninguna nación que se rija oficialmente por la ley de Cristo, que reconozca a la religión católica como religión del Estado, y todo eso por pedido expreso de la Santa Sede. Es decir, la apostasía es oficial ya en todas partes, está en las leyes de las naciones en otro tiempo católicas.

Y ahora esta apostasía se está estableciendo en las costumbres, en las instituciones sociales: se proscriben la religión de los hospitales, de las escuelas, de las oficinas, de los tribunales de justicia, de los parlamentos, de las cátedras universitarias; se difunde el divorcio, el aborto, el permisivismo moral de toda clase, el matrimonio civil o simplemente el concubinato, las uniones homosexuales, la indecencia en las costumbres y en las modas... Ya no se practica la religión, no se confiesa, no se asiste a Misa, no se reza, no se hace penitencia... En definitiva, se establece la apostasía en todos los aspectos prácticos de la vida de cada día. Dios ya no cuenta para nada.

4º Las guerras y calamidades sociales: *«Oiréis también hablar de guerras y de rumores de guerras [gracias a la televisión, a la radio, a la prensa, estos rumores son cosa de cada día]; se armará nación contra nación, y un reino contra otro reino, y habrá hambre y terremotos en varios lugares».*

Las guerras y calamidades no son tampoco raras; pensemos tan sólo en la 1ª y 2ª guerras mundiales, en la guerra de los Cristeros y en la Cruzada española de 1936, en las guerrillas del comunismo y de la teología de la liberación, en las guerras actuales, tan multiplicadas y frecuentes, en el terrorismo a nivel mundial, y en todas las calamidades que estas guerras dejan en las naciones. Ciertamente es que en todos los tiempos ha habido cataclismos y guerras, dice Santo Tomás; pero lo propio y característico de los últimos tiempos es que se realizarán con una frecuencia antes nunca vista, y fuera de la previsión de todos.

5º La supresión del sacrificio: *«Cuando viereis que está establecida en el lugar santo la abominación de la desolación, que predijo el profeta Daniel...»* (9 27; 11 31; 12 11: *«Quitarán las hostias y los sacrificios; el sacrificio perenne será suprimido»*).

¿No podemos ver ya un preludio de esta supresión en la institución que promulga la Nueva Misa, y en la prohibición de hecho (que no de derecho) de la Misa de siempre?

Además, la profecía de Daniel, esto es, la abominación de la desolación y abolición del sacrificio perpetuo, tuvo un primer cumplimiento, figurativo, en la profanación del templo llevada a cabo por Antíoco IV Epífanes en tiempo de Judas

Macabeo. ¿Qué hizo este rey impío? Colocó en el santuario la imagen del Júpiter Olímpico, dios de los griegos. Esto mismo hará el Anticristo: establecerá en el santuario, en la Iglesia, el culto del hombre, que remplazará al culto de Dios. Y ¿qué otra cosa se ha hecho en el Concilio Vaticano II? Basta escuchar las siguientes aterradoras palabras, con que el Papa Pablo VI, al clausurar la cuarta sesión del Concilio, resumía la obra hecha:

*«El humanismo laico y profano se ha presentado, con toda su estatura, ante el Concilio. La religión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con **la religión –porque tal es– del hombre que se hace Dios.** ¿Qué ha sucedido? ¿Un anatema, un choque, una condenación? Podría haberse dado, pero no ha sucedido. La historia del buen samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio. Una inmensa simpatía por el hombre lo ha embargado por completo. Humanistas de hoy, reconocedle al menos al Concilio este mérito: **también nosotros, y más que nadie, tenemos el culto del hombre**».*

Estas cinco señales, pues, las vemos realizarse ante nuestros ojos. No significa esto que estén ya perfectamente realizadas, pues esto sucederá sólo durante el reinado del Anticristo; pero sí que se están empezando a cumplir, haciéndonos asistir a un primer esbozo, a un primer ensayo general, de lo que será la persecución del Anticristo contra la Iglesia.

2º Razones del Juicio final.

Después de estos últimos tiempos, la historia de la humanidad acabará por una escena terrible e imponente: es la del Juicio final, en la que todos los hombres deberán comparecer ante Nuestro Señor Jesucristo, para ser juzgados públicamente por El. Verdad es que ya todos habrán sido juzgados en su juicio particular, pero hay razones de peso para que vuelvan a ser juzgados en público, ante todos, y sobre todo ante su Creador y Redentor. El Catecismo del Concilio de Trento expone seis de estas razones:

1º Ante todo, la justicia de Dios reclama que **se conozca la influencia del buen o mal ejemplo** de cada hombre sobre sus descendientes, y haya un examen perfecto de este proceso de hechos y dichos, buenos y malos, con los cuales se ha ido tejiendo toda la historia, y con los cuales aumenta el premio o la pena de los ascendientes muertos.

2º Este conocimiento de todas las acciones de los hombres se ordena a **manifestar la acción infinitamente justa y sabia de la Providencia de Dios** en las cosas prósperas y adversas que indistintamente suceden a buenos y a malos, sobre todo cuando ha permitido el mal o la humillación del justo y la prosperidad del malvado; para que no se crea que Dios no se ocupó de las cosas humanas, ni tenga motivo alguno la queja que este modo de obrar arrancó a veces a los mismos hombres justos.

3º La justicia de Dios reclama igualmente que se restablezca el equilibrio entre hombres buenos y malos, **ensalzando públicamente a los justos**, muchas veces privados en esta vida de la honra que habían merecido por su buen obrar, y

humillando públicamente a los impíos, muchas veces ensalzados injustamente y alabados por sus obras pecaminosas.

4º Asimismo, para que se haga perfecta justicia, es necesario que, más allá de las almas, ya premiadas o castigadas, **Dios recompense o castigue también los cueros**, que fueron los instrumentos de sus acciones.

5º Finalmente, quiere Dios **infundir en esta vida ánimo a los justos** para seguir haciendo el bien, y **temor a los pecadores** de seguir haciendo el mal, ante el pensamiento de este juicio riguroso de toda la vida, en que el justo será recompensado y el impío castigado.

6º Pero la razón principal del Juicio final, y la primera exigencia de la divina justicia, es **la exaltación de Jesucristo**, constituyendo Juez universal de todos los hombres a quien por amor nuestro quiso someterse a un tribunal humano y ser condenado por tan inicuas sentencias de hombres: «*Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes del cielo*» (Mt. 26 64).

Conclusión.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud ante estos signos, que preanuncian la venida del Anticristo, el fin del mundo y el Juicio final? Nuestro Señor nos lo dice: «*Velad, pues, ya que no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor*».

Hemos de velar rechazando a los falsos profetas, que son las sectas, los errores del Concilio, las falsas apariciones, los falsos mesianismos anticristianos del culto del hombre, del progreso y de la libertad: «*Si alguno os dice: El Cristo está aquí o allí, no le creáis*»; manteniendo la fe católica de siempre, para no caer en la apostasía general; guardando el Sacrificio de siempre, y lo que es su acompañamiento necesario, los Sacramentos católicos.

En definitiva, hemos de estar preparados, para que estos acontecimientos *nos pillen confesados*, pues no sabemos cuándo tendrán lugar. Sólo sabemos que empiezan a cumplirse los signos que lo anuncian: «*Tomad esta comparación sacada del árbol de la higuera: cuando sus ramas están ya tiernas, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando viereis todas estas cosas, sabed que está cerca, a la puerta*». Y estaremos preparados si llevamos una vida verdaderamente cristiana, viviendo siempre en estado de gracia, evitando el pecado, frecuentando los Sacramentos, practicando la oración y la devoción a la Santísima Virgen.

Pidamos, pues, a la Santísima Virgen la gracia de comprender cuán grave es nuestra obligación de santificarnos, de velar y orar, y de no dejarnos arrastrar por la corrupción actual, «*a fin de mantener nuestros corazones irrepreensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de Nuestro Señor Jesús con todos sus santos*» (I Tes. 3 13).